

FILMS DE AMOR

Fuego de amor



Núm.

63

25

CTS.

LIANE HAID - WALTER RILLA

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 787

BARCELONA

AÑO III

NÚM. 63

LIEBESFEUER

1925

Fuego de Amor

Novela de carácter frívolo y sugestivo,
creación de los insuperables artistas

Liane Haid

y

Walter Rilla

Por MANUEL NIETO GALAN

Gran exclusiva de la casa

■ ■ ■ U F A ■ ■ ■

Balmes, 79

BARCELONA

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

PRIMERA PARTE

Viena, país de eterna sonrisa, bajo cuyo cielo añil no tiene cobijo la pena, ni el dolor. El paso de los vales lentos, armoniosos, acariciadores, como un canto pampiro, que parecen arrullar al alma elevándola a los dorados países del ensueño. En esta ciudad, donde se fantasea para el teatro y el arte había formado, tanto por su belleza extraordinaria, como por su arte inimitable, un torbellino de admiración una joven bailarina llamada Ingeborgh Torselli. Apareció en el Apolo el teatro de moda de la ciudad y en seguida conquistó el corazón del público por su gracia y su saber. Toda aquella admiración, toda la gloria de que se veía rodeada, el triunfo de su vida, todo, lo debía a su padre, el maestro de baile Torselli.

Vivía para su arte y era completamente feliz en unión de su padre a quien adoraba y quien compartía con ella y con el baile el único amor de su vida.

Pero en el pleno goce de su triunfo cruzó por el camino de su vida la apuesta figura del simpático oficial, el joven conde Enrick von Arenheim, y desde entonces una profunda simpatía, un dulce sentimiento para ambos desconocidos unió a los dos jóvenes que se sentían atraídos el uno hacia el otro con la fuerza imperiosa de un amor.

Se vieron por primera vez en una representación del teatro y al cruzarse las miradas de los dos jóvenes desde el palco al escenario, una sonrisa de mutua comprensión se dibujó en los labios de ambos.

Antes de terminarse el acto, el conde llamó a uno de los acomodadores y entregándole una tarjeta le dijo:

—Haga el favor de pasar esto a la señorita Inge y solicitar el permiso para saludarla.

Al recibir la bella artista el recado un estremecimiento recorrió todo su cuerpo como si su corazón presagiase que aquella visita había de influir para siempre en su vida, pero, no obstante otorgó el permiso solicitado y momentos después Enrick se hallaba en el camerino de la bailarina a quien le dijo:

—Le ruego a usted que me perdone mi atrevimiento, pero ha despertado en mí su arte y su belleza tal admiración que hubiera sentido infinito el tener que abandonar el teatro, sin haber podido expresársela.

—Al contrario, conde — repuso la joven, ofreciéndole su linda mano en la que Enrick depositó un apasionado beso — agradezco en lo que vale su distinción y acepto agradecida. Si usted quiere puede venir esta noche, después de la función a la academia de mi padre, donde celebraremos uno de esos bailes que suelen llamarse de estudios.

—No puede usted imaginarse lo feliz que me hace usted con su invitación — exclamó

con vehemencia el conde—. Jamás me hubiera atrevido a solicitar de usted tal merced, ni hubiera podido soñar con la felicidad que representa el estar cerca de usted unas horas.

La conversación de los dos jóvenes fué interrumpida con la llegada de un avisador, para anunciar a Inge que debía salir a escena.

—¿Hasta luego? — preguntó la bailarina al salir.

—Hasta luego — repuso Enrick loco de alegría.

Volvió nuevamente al palco que ocupaba y se sentó junto a su íntimo amigo Harol von Bodenstein, otro oficial agregado a la embajada, a quien le dijo:

—He podido hablar con Inge y me ha invitado a un baile que dan en su casa y como un invitado siempre puede llevar a otro, te invito a venir.

—¡Admirable! — exclamó su amigo—. Te acompañaré a donde quieras y así nos divertiremos un rato con la bella Inge, con el ídolo actual de Viena.

Como flores esparcidas por el salón, un puñado de muchachas bonitas trenzaban los difíciles compases de una complicada danza que el maestro Torselli les estaba enseñando, cuando los dos amigos penetraron en casa de Inge.

Esta al verlos corrió hacia su padre y se los presentó a su padre diciéndole:

—Son dos buenos amigos a quienes he invi-



¿Hasta luego?

tado para que vean el nuevo baile — y disculpándose con ellos seguidamente les dijo:

—Le ruego que me dispensen unos segundos, en seguida podré hacerles compañía.

Duró bien poco su ausencia y cuando volvió a su lado Enrick le dijo:

—Baila usted admirablemente. Parece usted una mariposa de bellos colores que va revoloteando entre las flores.

—¿Tanto le gusta a usted el baile?—preguntó ella.

—Con decirle a usted que casi me llega a producir la misma admiración que su belleza, es decirselo todo en pocas palabras — repuso Enrick.

—¿Y usted no es aficionado? — preguntó ella riendo deliciosamente a Harol.

—He de confesarle — contestó este — que nunca sentí por él gran admiración pero al verla a usted bailar, se siente uno tan poseído por su arte maravilloso, que el más refractario acabaría por ser un verdadero fanático de él.

El maestro Torselli, mientras daba a sus alumnas algunas instrucciones, no apartaba los ojos de su hija y de los dos amigos, y con la experiencia que dan los años, adquirió el presentimiento de que a Inge no le era indiferente Enrick. Adivinó el sentimiento que unía a los dos jóvenes y sintió la profunda tristeza que le producía el pensar que aquel amor que empezaba a germinar en el pecho de ambos le haría perder a su alumna predilecta, a su pequeña Inge, en quien cifraba todas sus ilusiones artísticas. No obstante no se atrevió a hacer la menor objeción y solamente cuando se hubieron despedido los dos jóvenes oficiales, le dijo a su hija:

—¿Hace mucho que conoces a esos señores?

—Me los han presentado hoy mismo — repuso ella, sin comprender la pregunta del an-

iano—. ¿Verdad, papaito que son muy simpáticos?

—Muy simpáticos — repuso el maestro—. Sobre todo el oficial Enrick. ¡Quiera Dios que no me robe a mi pequeña Inge y haga desaparecer en mi todas mis grandes esperanzas artísticas.

Estas palabras fueron dichas con tal tono de pesadumbre, expresaban tanto dolor, que Inge atrajo hacia ella a su padre y abrazándolo como si fuera un niño le respondió, con la voz velada por la emoción:

—No temas, papaito, por nada del mundo dejaría yo tu cariño y el que le tengo al arte.

Pero el viejo Torselli conocía demasiado la vida, y sonrió melancolicamente al oír las palabras de su hija, pensando que todos los juramentos y todas las promesas hechas contra el amor, éste mismo las hace desaparecer, cuando reina en dos corazones jóvenes.

El mismo sentimiento que en Enrick había despertado también en Harol, la belleza de la artista. Pero Harol era íntimo amigo de Enrick y luchó denonadamente con extinguir el fuego de aquella pasión que sabía de sobras que nunca sería correspondida y que él no podría expresar sin faltar a uno de los principales deberes de la amistad.

Los días fueron deshilando la madeja del tiempo y Enrick e Inge continuaron viéndose con frecuencia. Cada vez se sentían más atraídos el uno hacia el otro, sin que ninguno de los

dos se hubiera atrevido tampoco a expresarle al otro el sentimiento que sentía por él.

Por fin un día recibió Enrick un billeteo perfumado en él que se le invitaba a un baile que se daba en el famoso estudio de un tal Helmer.

Aquella tarde se le presentó su amigo Harol y le dijo:

—Vengo a que me acompañes a cenar esta noche. Estoy completamente solo y quiero charlar contigo un rato.

—Imposible — repuso Enrick—. Precisamente acabo de recibir una invitación para el baile que da esta noche Helmer y estoy seguro de que allí encontraré a Inge.

—Entonces — propuso su amigo — invítame tú a mí e iremos los dos a esa fiesta.

—Convenido — aceptó Enrick—. Vienes conmigo y así estaremos toda la noche juntos.

—¿Querrás decir, que estarás toda la noche junto a Inge? — rectificó el otro.

Enrick sonrió ante la suspicacia de su amigo y echándole el brazo por encima salieron ambos con dirección al Apolo donde trabajaba como siempre la famosa bailarina.

SEGUNDA PARTE

No había fiesta por muy elegante que fuese en la que la bailarina Inge no tomase parte. La alta aristocracia se disputaba el privilegio de sus bailes y la admiración que su belleza extraordinaria despertaba en los salones la ha-

bían procurado la envidia de las damitas elegantes. Sin embargo, Inge indiferente a todo lo que no fuera su arte seguía su carrera triunfal viviendo tan solamente para su arte y... su amor.

La personalidad de Enrick, era también en los salones de la aristocracia el sol a cuyo alrededor revoloteaban las mariposillas de las jóvenes. Cualquiera de ellas se hubiera sentido feliz alcanzando el amor del apuesto oficial, pero éste, con una indiferencia inexplicable, rehuía toda situación comprometida, como si para él no existiese ese sentimiento tan cantado por los poetas.

Sus continuas entrevistas con la bailarina no tardaron en ser conocidas de todos y en ellas hallaron la explicación de la indiferencia del conde.

Aquella noche cuando llegaron al baile de Helmer, un aluvión de muchachas se precipitó sobre Harol, a quién sabían amigo inseparable de Enrick y le preguntaron:

—Dígale a su amigo que esta noche viene la Torselli. No sabemos el disfraz, pero estamos seguras de que vendrá.

—Muy agradecido al aviso — contestó irónicamente Harol.

Las muchachas no comprendieron el tono con que respondió y continuaron preguntándole:

—¿Es verdad que Enrick está locamente enamorado de ella?

—Exajeran un poco en esto de locamente—

contestó él queriendo quitarle importancia a sus palabras — aunque hay que confesar que la chiquilla bien lo merece...

No estaban ellas allí para continuar oyendo elogios de aquella mujer que había venido con su fascinadora belleza a deslumbrar a la mayoría de los hombres de Viena y terminaron por ir dejando solo a Harol para apoderarse de Enrick.

—¿Es extraño que se le vea por aquí? — le dijeron intencionadamente—. No se le concibe a usted más que en el teatro Apollo.

Enrick iba a contestar violentamente a aquellas imprudentes palabras pero en aquel instante se le acercó una máscara cuya voz le pareció conocer y le dijo:

—¿No bailan ustedes?

—Con una muñequita como usted bailaría yo toda mi vida — repuso galantemente Enrick.

La máscara le ofreció su brazo y ambos cogidos entraron al salón del bailes y momentos después la música candenciosa de uno de esos célebres bailes vieneses los adormecía al uno en brazos del otro.

—Baila usted admirablemente—le dijo Enrick—. Solamente conozco a una mujer que podría competir con usted.

—¿Y no podría saber, quién es? — preguntó sonriendo la bella mascariata.

—Aquí no, respondió Enrick—. Si quiere que se lo diga salgamos un rato.



No había fiesta en la que la bailarina no tomase parte.

Ella no se hizo repetir el deseo. Dejó de bailar y cuando se hallaron fuera de oídos indiscretos volvió a decirle él:

—Puede quitarse el antifaz. La persona que únicamente es capaz de competir con usted es usted misma Inge.

—¿Me ha reconocido? — preguntó ella.

—¿Cómo no? — respondió él dejándose llevar por su intensa pasión—. El corazón no necesita ojos para adivinar a la persona que ama y mi corazón está lleno por completo de su imagen.

Ella oía las palabras del joven oficial trémula de emoción, sin atreverse a responder. Sa-

bía que su corazón también estaba lleno de su imagen y el miedo a descubrir su sentimiento la detuvo.

—Hasta ahora he podido callar — continuó diciéndole Enrick—. Creí poder vencer este amor y no decirle nada hasta que llegase el momento oportuno, pero mis fuerzas me han engañado, su belleza es mucho mayor que ellas y no tengo más remedio que confesarle a usted que desde el primer día que la vi la amo con locura.

Se apoderó, de una de las manos de la joven que ella abandonó dulcemente y siguió su declaración diciéndole:

—Le ruego a usted Inge que acepte ser mi esposa. ¡Hágame feliz con una sola de sus palabras o el más desgraciado de los hombres!

—Yo también le amo, Enrick — contestó ella — pero una barrera obstruye nuestra felicidad.

—¿Una barrera? — inquirió él —. ¿Quién puede oponerse a nuestra felicidad?

—El mundo a que usted pertenece y mi arte — siguió diciéndole ella—. Ni los suyos me admitirían, ni yo puedo abandonar mi arte que es algo de la vida de mi padre.

—Yo hablaré con su padre de usted, le venceré y el sabrá comprender que no tiene derecho a hacer su desgracia.

Y con palabras convincentes, porque no hay nada que convenza más que el amor, cuando el que habla y escucha están poseídos por el

mismo sentimiento, Enrick logró que Inge prometiera aquella misma noche en ser su esposa.

—Le hablaré yo misma — le dijo—. No quiero que sepa la verdad de ti—. Me quiere demasiado y se dolería de mi falta de franqueza.

—Como tu deses, amor mío — terminó diciendo él.

Y un beso puro, lleno de amor infinito y de nobleza unió aquellas dos almas que habían nacido para amarse.

Al día siguiente, Harol, con gran extrañeza por su parte, recibió la inesperada visita de su amigo, que le dijo de buenas a primeras:

—Vengo a comunicarte que me retiro del servicio.

—¿A qué se debe esa determinación? — le preguntó su amigo cada vez más extrañado.

—Sencillamente porque me he prometido.

—¿Con quién? — volvió a preguntar Harol cada vez más extrañado.

—Con Inge. ¿Con quién querías que fuera?

Harol saltó del asiento, y encarándose con su amigo le dijo:

—¿Has pensado en el disgusto que vas a darle a tu madre?

—Lo he pensado todo y por eso he venido principalmente — contestó Enrick. Mi madre te aprecia a ti mucho, te tiene como un muchacho más formal que todos los que componemos la actual juventud y te ruego que vayas a

visitarla y la ganes para nosotros convenciéndola.

—Está bien, puesto que tan decidido te veo, haré lo que me pides y ojalá salga victorioso.

Una vez más el deber de amistad se imponía y Harol, fiel a este sentimiento se doblegaba a su poder y aceptaba las cosas tal y como el Destino las había propuesto.

Enrick salió de casa de su amigo y sin perder un momento se encaminó hacia la morada del coronel de su regimiento y le dijo:

—Mi coronel, vengo a solicitar el pase a la reserva.

—Me extraña su petición Enrick — respondió el coronel—. ¿Puedo saber la causa?

—Me caso, señor — contestó el condesito.

—No sabía que tuviese usted relaciones tan formales — siguió diciéndole su jefe—. ¿Y quién es ella? puesto que el misterio habrá de descubrirse pronto.

—No es ningún misterio, mi coronel. Se trata sencillamente de Inge Torselli.

—¡Inge Torselli! — exclamó asombrado el jefe—. ¡Con una bailarina de Varietés...!

—¡Con una dama, señor! — le atajó Enrick, antes que pudiera expresar alguna palabra despectiva para su amada.

—Está bien — terminó diciendo el coronel. —Tenga usted por concedido el pase que desea.

Y desde aquel momento Enrick, libre de las obligaciones del servicio, se entregó por com-

pleto a disfrutar las delicias que le ofrecía el amor de Inge.

Esta por su parte, la misma noche que Enrick, libre de las obligaciones, solicitara su mano se lo dijo a su padre, quien no pudo ocultar su disgusto y le contestó:

—¿Y el teatro... y tu arte?

—El arte y el teatro no están reñidos con el amor, papá — respondió su hija, sin comprender el gran dolor que le causaba.

Comprendió él que sería inútil el luchar contra aquel sentimiento y se abstuvo de decirle la menor cosa. Aceptó el fallo del Destino tal y como se presentaba, y quedó acordada la próxima boda de la bailarina que durante tiempo había sido el motivo de comentarios de toda la capital.

TERCERA PARTE

Pomposamente se levantaba el viejo castillo de Arenheim, a orillas del Guardasee, donde la vieja condesa, madre de Enrick, vivía feliz rodeada de recuerdos.

Fiel cumplidor del encargo de su amigo Enrick, Harol se presentó a la condesa para darle cuenta de la decisión de su hijo; y cuando ésta supo de quien se trataba exclamó:

—¡Imposible!... ¡Mi hijo no puede casarse con una bailarina!

—¡Puedo asegurarle, señora condesa, que es una joven encantadora!

—No importa. La vida que debe llevar la aleja por completo de nuestra sociedad—. Volvió a decir la anciana aristócrata.

—Le suplico, señora — repuso Harol — que no la juzgue mal sin antes conocerla. Yo le aseguro que nada reprochable hay en la vida de esa joven y que cualquier hombre honrado no dudaría en hacerla su esposa.

—Si usted cree que puede ser digna de mi hijo, que venga, antes no daré mi consentimiento — terminó diciendo la condesa ganada por la elocuencia de Harol.

Unos días después, mientras que la amante pareja iba camino de la felicidad, papa Torselli preparaba uno de sus bailes que tanta fama le habían valido y Harol procuraba olvidar la intensa pasión que había encendido en su pecho la belleza de la bailarina.

En la soledad de su castillo la anciana condesa esperaba la llegada de su futura nuera y de su hijo, mientras que entretenía sus ratos de melancolía con el cariño de su pequeña nieta, Bertita, hija de uno de sus hijos muerto hacía años.

La nena, arrodillada a los pies de la abuela, le entregaba un librito que tenía entre las manos y le dijo:

—Abuelita, léeme esto.

La cariñosa señora, tomó el libro que le daba la chiquilla y empezó su lectura diciendo:

“Un joven príncipe y una muchachita joven, se querían mucho. La reina, todos sus minis-



Con una musiquita como usted bailarí yo toda la vida.

tros, y consejeros estaban muy furiosos por que el príncipe quería pedir su mano, hasta que lograron con su oposición a que el príncipe se muriera de dolor”.

Sin poderse explicar el por qué, la condesa, al leer aquel cuento puramente infantil, se acordó de su hijo y un estremecimiento recorrió todo su cuerpo.

—¡Todo antes que verlo muerto! — se dijo interiormente,

Un ruido de ruedas y de voces la hizo asomarse al jardín y vió que era Enrick que llegaba acompañado de su prometida y de su padre.

Salió a recibirlos y después de abrazar tiernamente a su hijo acogió amablemente a los recién llegados y les dijo:

—Muy bien venidos sean ustedes.

—Muy encantado... con su distinguida amistad — repuso el padre de Inge. Esta se acercó a ella y le ofreció su frente purísima en la que la condesa posó sus labios rozándola suavemente.

La impresión que causó a la anciana la presencia de la joven no pudo ser más favorable, y a los pocos días Inge había ganado el corazón de la pequeña Berta y vencido la leve oposición que aun quedaba en el de la condesa que le dijo finalmente:

—No puedo negarte, hija mía, que cuando me enteré de la decisión de mi hijo me opuse rotundamente, pero ahora veo que mis temores eran infundados.

—Lo comprendo, señora — contestó humildemente la joven—. Su corazón de madre estaba obligado a velar por la felicidad de su hijo.

En el castillo, Inge había conseguido el cariño de todos, pero no así entre los familiares y parientes de Enrick, que no podían ver con buenos ojos que aquella intrusa viniera a usurpar un puesto que creían ya seguro.

Sin embargo, la condesa no quiso dar oídos a lo que le decían y el día que había de fijarse fecha para la boda llamó a Inge y le dijo delante de su padre:

—No tengo nada, porque oponerme al matrimonio de mi hijo. Solamente exijo una condición: Tiene usted que renunciar al teatro para siempre, lo mismo que su padre.

Este, que hasta entonces no había querido expresar su pensamiento, al ver el tono despectivo con que la condesa hablaba del arte que él quería tanto como su vida, exclamó algo violentamente:

—¿Se avergüenza usted de nosotros, señora condesa

—No es vergüenza, es solamente que una condesa de Arenheim no podrá presentarse nunca como una bailarina, — respondió la dama.

Inge estaba segura de que su padre nunca renunciaría al arte y suplicó a la condesa, diciéndole:

—Puede usted solicitar de nosotros lo que quiera... pero al teatro no podemos renunciar nunca.

—No quiero hacer caso de su respuesta. Les doy tiempo para que reflexionen y me contesten mañana.

Salió de la estancia, dejando a la pobre muchacha presa de la mayor desesperación, puesto que tenía que luchar entre la renunciación de su arte, que había sido para ella toda su vida, o el de su amor.

Momentos después, cuando se hallaba sola luchando contra estos dos sentimientos que llenaban su corazón se presentó Enrick y le dijo, enseñándole un pliego que traía en la mano:

—Inge he aquí mi dimisión del servicio aceptada... ahora podremos ser felices.

—¿Renuncias definitivamente a tu carrera, Enrick? — le preguntó ella.

—Renuncio a todo, a la misma vida renunciaría por ti — contestó el muchacho vehementemente — el verdadero amor sabe renunciar a todo, Inge.

—Llevas razón — contestó la joven—. Yo también renuncio a todo lo que fué mi vida anterior, a la gloria, a los aplausos, a todo...

El, sin darse cuenta, le había dado la resolución de aquel tremendo conflicto en que se hallaba. Le había demostrado toda la inmensidad de su amor, e Inge supo corresponder a ello, renunciando también a su carrera y cumpliendo los deseos de la condesa.

Torselli comprendió que su presencia, allí dificultaría la felicidad de su hija, y padre, antes que nada, huyó misteriosamente del castillo, para dejar a Inge en completa libertad de acción.

También había otro que quería y no podía alejarse de la boda de los dos jóvenes. Era este Harol. Luchaba esforzadamente con apartarse de aquel lugar, pero una fuerza superior a su voluntad lo retenía en el castillo aunque solo fuese para poder contemplar de cerca la

imagen adorada, para poder oír el alegre tintineo de su risa angelical y estrechar la seda de sus manos entre las suyas en una cortés y fría despedida.

CUARTA PARTE

Con todo el lujo y todo el esplendor que correspondía a la posición del novio, celebrese la boda de Enrick e Inge. Aquel día, vestida de novia, rivalizando la belleza de su "foiltte" con la de su rostro, Inge parecía una criatura celestial. Harol, procurando pasar desapercibido entre los invitados no podía apartar sus ojos de la antigua bailarina y en algunos momentos se arrepintió de su debilidad que había facilitado el que aquella mujer perteneciese a otro hombre. Pero la nobleza de sus sentimientos no tardaban en imponerse y la tranquilidad de su conciencia le recompensaba de su sacrificio.

Los días de felicidad que gozan los dos esposos, no impide a Inge que el recuerdo de su padre atormente su corazón. Continuamente le envía cartas a su antiguo domicilio pero todas son devueltas, con la nota lacónica del cartero al dorso de las mismas que dice: "DESCONOCIDO".

Vuela el tiempo, más que pasa, para los felices enamorados y desde el día de la boda, Enrick, parece tener secuestrada a su mujer en el viejo castillo hasta que un día se recibe

una invitación para un baile que se da en la Residencia, en Viena.

—¿Iremos? — le preguntó Inge, deseando respirar un poco de aire libre.

—No quiero asistir a ninguna de esas fiestas — respondió él, que en la ceguera de sus celos por la belleza de su mujer, no comprendía que iba marchitando la flor de su juventud entre aquellas sombrías paredes.

El tono seco, hasta casi molesto con que Enrick pronunció aquellas palabras le hicieron comprender a Inge el nuevo sentimiento que se había adueñado de su marido y protestó enérgica diciéndole:

—Medio año hace que estamos casados y aun no hemos ido a ninguna parte. Parece que te avergüenzas de presentarme a tus amigos.

—No es eso, Inge — respondió él, estrechándola amorosamente—. Es que eres tan bella que siento celos de que otros te admiren, pero, puesto que lo deseas, yo te prometo que iremos al baile de la Residencia.

Mientras tanto en Viena, donde por fin había marchado Harol, este se encontró casualmente con el maestro Torselli, que le preguntó inmediatamente:

—¿Cómo está mi hija?

—Admirable, amigo — respondió Harol, estrechando la mano del viejo maestro.

—Yo no la he visto desde antes de su boda —repuso el viejo secándose una lágrima—. Me



Eres tan bella que siento celos de que otros te admiren.

dedico ahora a escribir un baile nuevo... Un baile que me hubiera hecho feliz si lo hubiera bailado "ella".

Y hablando de su hija con esa ternura que solamente saben hacerlo los padres, los dos amigos llegaron a la triste buhardilla donde vivía Torselli, que al despedirse le rogó:

—Cuando vuelva usted al castillo, dígame que me acuerdo mucho de ella, pero que no le escribo para no turbar su felicidad con mi recuerdo.

El baile de la Residencia ofrecía aquella noche un aspecto imponente. Toda la alta sociedad vienesa se habían dado cita allí y las ricas "toilettes" de las damas rivalizaban con la pulcritud y elegancia de los hombres.

Además aquella noche ofrecía la fiesta una gran novedad, la condesa de Arenheim iba a ser presentada en sociedad. Las personas que se preciaban de conocer la antigua vida de la actual condesa comentaban entre sus amistades la época en que era bailarina, aumentando por regla general la nota, sin que ninguna de las veces fuera para favorecerla.

Pero la presencia de ésta dió fin a todas las murmuraciones y Harol, al verla, no pudo impedir un impulso de su corazón y corrió hacia su lado para saludarla.

—Espero merecer el honor de que me conceda usted un baile — le dijo.

—El que usted quiera — repuso ella.

—Entonces, el primero — contestó el joven.

—Encantada, aunque debía ser algo más enérgica con usted y no concederle ninguno — le regañó ella cariñosamente—. ¿Verdad, Enrick, que estamos enfadados con él por su ausencia tan larga?

—Así es amigo mío — confirmó su esposo. Debería de darte vergüenza el presentarte ante nosotros después de tanto tiempo sin querer ir por casa.

—Disculpame, Enrick y usted también, señora — contestó Harol—. Pero el trabajo de la Embajada me retiene demasiado tiempo.

La orquesta dió comienzo y Harol enlazó con su brazo el esbelto cuerpo de la hermosa mujer y ambos posesionados por el ritmo de la música empezaron a bailar.

—Vi a su padre y hablamos mucho de usted — le dijo de pronto Harol.

—¿En dónde se halla?... Cuénteme usted — inquirió Inge, dejando de bailar.

Harol le dió las señas de la casa y ella exclamó, llevada por su amor filial.

—Quiero verle. Vuelvo enseguida. Le ruego que no le diga nada a Enrick. Con el alma abierta a la esperanza de poder abrazar a su padre, Inge abandonó la Residencia para marchar en busca de él.

Subió al coche que la esperaba en la puerta y le dió la dirección del domicilio del maestro Torselli.

Algunos minutos después padre e hija se hallaban abrazados confundiendo sus lágrimas de alegría al verse de nuevo juntos.

—¿Por qué abandonaste a tu niñita? — le reprochó ella dulcemente.

—Para no oponerme a tu felicidad. Mis esfuerzos hubieran sido inútiles. Soy un esclavo de mi arte. Mira—. Y le enseñó con orgullo, la última obra que había compuesto. Aquel baile despertó en Inge un mal adormecido deseo y maravillada ante la obra de su padre, le prometió volver a bailar diciéndole:

—Esto lo tengo que bailar yo.

—Nunca permitiré que vuelvas a bailar, sin el permiso de tu esposo — le contestó Torselli, no queriendo ser motivo que destruyera la felicidad de su pequeña.

—No te importe. Yo sabré obtenerlo, pero ten la seguridad de que volveré para que empecemos a ensayarlo—. Terminó diciendo ella, mientras que se despedía de él para volver a la fiesta antes que su ausencia fuese advertida.

Al entrar en el salón de baile de la Residencia, buscó a Harol y le dijo:

—Deseo volver a bailar... una vez solamente, por amor a mi padre, pero necesito que no se entere mi marido.

—Si usted me autoriza... yo me ofrezco a darle a usted la ocasión — respondió Harol, fascinado hasta último extremo por la belleza de la joven.

—¿Usted se atrevería?... — insistió Inge, po-

sesionada por la idea de estrenar aquella obra que encumbraría a su padre a la cima de la gloria.

—Por usted me atrevo a todo, Inge — contestó Harol.

La conversación fué interrumpida por la llegada del Conde de Mairland, íntimo amigo de Harol, y que les preguntó:

—¿No bailan ustedes?

—He bailado todo el tiempo y me encuentro algo cansado — replicó el oficial.

Inge se excusó de ir en busca de su esposo y Harol cuando quedó a solas con su amigo le dijo:

—¿Quieres hacerme un favor...? invita al Conde Arenheim a esa cacería que tienes proyectada.

—Precisamente te buscaba, para que tu, como más amigo, hicieses el ruego en mi nombre contestó el Conde.

Y de aquel ingenioso ardid se valió Harol para alejar de su hogar a su amigo Enrick, mientras Inge ensayaba el baile que su padre había escrito.

QUINTA PARTE

Desde aquel momento empezó para Inge una vida de excitaciones y precipitaciones. Todos los días, a una hora determinada acudía Inge a casa de su padre para ensayar el bailable y Harol, cada vez más obsesionado por la belle-

za de la antigua bailarina, acudía también al estudio del maestro Torselli, para permanecer junto a su amada durante todo el rato que duraba la lección.

Una tarde tuvo que salir precipitadamente hacia el teatro, el viejo Torselli, antes que llegara su hija y le recomendó a Harol.

—Dígale usted a mi hija que he tenido que marcharme urgentemente al teatro, que me espere hasta mi vuelta.

Llegó Inge, y Harol al encontrarse solo con ella, sintió que su amor se exacerbaba, hasta lo infinito, y sin poderse contener le expresó calurosamente la pasión que en él había despertado desde el primer día que la vio.

Alma ingenua, ajená a toda idea de pecado y sin ver en Harol más que un íntimo amigo, un compañero leal y fiel de su marido, Inge no pudo explicarse las palabras pronunciadas por él y en la vaguedad del pensamiento que le había sugerido, le preguntó:

—¿Qué quiere usted de mí?

—Ni yo mismo lo sé, Inge — respondió él enloquecido por su pasión. Se acercó a donde ella estaba sentada e intentó abrazarla pero Inge lo rechazó duramente y exclamó:

—¡Se ha equivocado usted, amigo Harol!... ¡Amo a mi marido sobre todas las cosas!

Y sin quererle escuchar sus disculpas huyó de la casa de su padre sin esperar a que éste volviese.

Llegó el día de la cacería y Enrick salió



Inge lo rechazó duramente

aquella mañana de su casa para permanecer varios días en la quinta del Conde de Mairland.

Precisamente aquel mismo día era el anunciado para el estreno del bailable compuesto por el maestro Torselli y por todas partes habían expuestos grandes cartelones anunciando aquel extraordinario acontecimiento de la siguiente forma:

“Única representación de la famosa estrella de baile Elena Karina”.

El único que sabía quien era aquella desconocida bailarina era Harol, quien para obtener el perdón de ella, le envió aquella tarde al castillo un hermoso ramo de flores con una tarjeta, que decía:

“Querida señora Inge: ¿Puede usted perdonarme? Ruégo que así lo haga. La admiraré hoy.

Su fiel

Harol”

Enrick impulsado por sus inexplicables celos y por el deseo de estar al lado de su mujer, quiso sorprenderla aquella noche, pero el sorprendido fué él, al ver que su esposa no se hallaba en el castillo.

Inquirió a los criados y el portero le contestó:

—La señora hace un rato que ha salido para Viena, en el coche.

Volvió a entrar nuevamente Enrick al cuarto de su esposa, pensando en el motivo que le

habría obligado a realizar aquel viaje nocturno, cuando encontró sobre la mesa el ramo de flores enviado por Harol con la expresada tarjeta.

Una nube ofuscó su cerebro y sin saber que hacer, guiado solamente por una misteriosa fuerza se encaminó hacia la capital y poco después se hallaba en un palco del teatro Apollo.

Imposible es explicar la sorpresa suya cuando vió a su esposa en el escenario ejecutando la danza escrita por Torselli.

Ella también lo vió y poseída de un pánico horrible huyó hacia su casa, con tiempo suficiente para hallarse en cama a la vuelta de su marido.

Poco después se presentó Enrick y le preguntó:

—¿Dónde has estado hasta ahora?

—Inge comprendió que era inútil el mentir y le explicó todo lo que había ocurrido desde la noche del baile de la Residencia.

—Todo eso es mentira — exclamó él — no puedes negar que tu vida anterior, la vida de artista, tu mundo agitado y soez, tira de ti y te ha hecho volver al asqueroso ambiente del que yo, enloquecido por tu belleza, he pretendido sacarte.

—Inge no quiso contestar a las ofensas de su esposo, pero al día siguiente sin querer dar, ni recibir la menor explicación abandonó el castillo y nuevamente la célebre bailarina Inge Torselli fué la admiración de todo Viena.

Una noche mientras ejecutaba un baile se produce un formidable incendio en el teatro. Harol como siempre, se hallaba en el teatro y sin temor a perder la vida, se arrojó heroicamente a las llamas y salvó a la desdichada joven.

Una vez en su casa mientras llamaban al médico, Inge tuvo tiempo de telefonar a su marido, avisándole del estado en que se hallaba, y una hora después los dos hombres, los dos antiguos e íntimos amigos se hallaban frente a frente.

Harol, luchaba desesperadamente para conservar a la mujer que había librado de la muerte diciéndole:

—Inge no quiere saber nada de ti. La he salvado para mí. ¡Te aborrece!

—¡No es cierto! — gritó Inge echándose en los brazos de su esposo—. Le amo como siempre, con toda mi alma.

Y los dos esposos abrazados tiernamente volvieron a unir sus corazones que nunca se habían separado, a la vez que Enrick con un beso cerraba los labios de Inge que quería pedirle perdón por la inconsciente falta cometida.

FIN

COLECCION USTED LOS CÉLEBRES
TANGOS Y AIRES ARGENTINOS
POR SUS PROPIOS CREADORES

PIDA LOS ÚLTIMOS ÉXITOS:

BIANCO BACHILIA Galleguía. - Lo han visto con
oir. - Crepúsculo. - Esclavas
blancas. - Desengaño. - ¡Siempre!... - Desilusión. - ¡Angustia! -
Congoias. - ¡Che, p'pasa, oí! - ¡Plegaria!... - Incertidumbre. -
Piedad. - Por Florida. - ¡Celosa! - ¡Araca corazón! - Bandoneón
arrabalero. - ¡No te engañes corazón! - etc., etc.

Orquesta Típica MAREUCCI Con los tangos de
moda: Dandy! - El
Ciruja. - Tus besos fueron míos. - La última copa! - Niño bien. -
Esta noche me emborracho. - Pedacitos de papel. - El carrerito. -
Adiós muchachos - ¡Simpática muchachita! - Hijos de nadie - etc.

LOS MEJORES TANGOS Con los grandes éxitos:
Buenos Aires. - Mi noche
triste. - Padre nuestro. - Patotero sentimental. - La copa del
olvido. - La cieguita. - Maldito tango. - No le digas que la
quiero. - Carnaval. - Sufrá! - etc., etc.

SPAVENTA Decí, Pebeta, porque? - Pobre mascarita. -
Entre sueños. - El tirador plateado - Torca-
cita. - Otra copa y se acabó!... - ¿Que vachaché? - ...Y reías
como loc. - ¿Adónde vas Pierrot?...? - Patoteros. - Milonga. -
Flor de Fango. - El taita ladrón. - etc., etc.

LINDA THELMA A la luz del candil - Insomnio - Cuan-
do llora la Milonga - Volvó al colorito. -
Cuanto te quiero. - Hermosa guí a ra mía. - Si ella quisiera vol-
ver - Recuerdos - Caminito. - Margaritas porteñas. - ¿Por qué
me llamas? - Pobre mi caballo bayo. - Mi paisana. - etc., etc.

Precio: 30 cénts. el tomito.

Agentes de venta: **SDAD. GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA**
Caños, 1 - MADRID * Barbará, 16 - BARCELONA

ENVIAMOS CATALOGOS GRATIS
SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona